

D. Pedro: dos textos y una anécdota

Un año después del fallecimiento del general Franco, el Ayto. de Oviedo realiza una ofrenda floral ante la tumba de Clarín. Entre las noticias culturales de 1976, figuran: el comienzo de la Biblioteca Popular de la Editorial Ayalga y la primera edición de la Bienal de Arte de Oviedo. En este mismo año, se inaugura la Y asturiana, que mejora la comunicación entre Oviedo, Gijón y Avilés. También se encierran en el obispado un grupo de mujeres de las cuencas mineras. Se pide amnistía para los presos políticos de la dictadura. Nace, entonces, la Sociedad Asturiana de Filosofía. Como primer presidente se elige a don Pedro Caravia, que simboliza muy bien la recuperación de la vida intelectual en democracia, ya que, anteriormente, había formado parte, como alumno y como profesor, de la inolvidable Facultad de Filosofía y Letras en el Madrid de la 2ª República.

Una anécdota.

En una ocasión, Francisco Fierro, uno de los discípulos más queridos de don Pedro, leyó, en una de las tertulias habituales en casa del maestro y amigo, un texto de un joven filósofo donde se decía que “entre los defensores de la inmortalidad del alma, figuran: Platón, Santo Tomás de Aquino y Muñoz Alonso”. Después de las estentóreas y generalizadas carcajadas, don Pedro señaló el buen porvenir profesional que auguraba al autor de la frase, por su acendrado espíritu pragmático. Efectivamente, al poco tiempo el joven meritorio había conseguido los votos necesarios en una oposición a cátedra de Universidad.

Dos textos.

Aunque don Pedro era profundamente socrático, tanto en su generosidad con los alumnos, como en su renuencia a escribir, dejó publicados unos cuantos textos que son una brillante muestra de sus excepcionales cualidades como escritor. Quisiera citar dos de esos escritos, tomados de la antología, coordinada por Evaristo Arce, “Sobre arte y poesía”. El primero es un poema en prosa, titulado: “Origen del espacio”. Próximo a la estética de numerosos poemas de Jorge Guillén - amigo personal de don Pedro-, como: “Los nombres”, “Más allá”, “Paso a la aurora”, etc. Tal vez, influido, también, por la poesía pura de Paul Valery, del que don Pedro era un permanente lector. El poema se inspira, seguramente, en un amanecer de Gobiendes: “Sólo acierta a esquivar los lobos nocturnos el durmiente experto, el que traspone a voluntad el valladar del sueño”. “Abrimos la ventana. Fuera, el alba -¿dónde está?- ha cuajado perspectivas más vastas y su hija única, la mañana, se llena de sol, árboles, cánticos, se tiñe de primavera”.

El segundo texto manifiesta el gran oficio y maestría de don Pedro como profesor de Filosofía –artista de la razón, en términos kantianos-. Se trata de una interpretación del empirista irlandés del s. XVIII, Jorge Berkeley, desde la filosofía orteguiana de la razón vital, que considera la vida humana como la realidad radical. Traduce don Pedro la tesis fundamental de Berkeley, *Esse est percipi*, como que “la existencia (se entiende, de los cuerpos) consiste en la presencia”. Y concluye: “Berkeley constituye la prueba viviente de que la contraposición realismo-idealismo no es decisiva. Pues Berkeley ha sido, a la vez, idealista, en cierto modo y, en cierto modo, realista.

Manuel Fernández de la Cera